


---

This is the **published version** of the book part:

López García, José Ramón. «Una ontología del exilio: El desterrado (1940) de Enrique Díez-Canedo». A: Destierros y destiempos. Una revisión del exilio republicano español. 2021, p. 21-33. 12 pag. Peter Lang.

---

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/301648>

under the terms of the  <sup>IN</sup> COPYRIGHT license

## UNA ONTOLOGÍA DEL EXILIO: *EL DESTERRADO* (1940) DE ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

José-Ramón López García (GEXEL-CEDID-Universitat Autònoma de Barcelona)

En 1948, en uno de los primeros balances que se realizan de la poesía del exilio republicano de 1939, “La poesía española del destierro en América”, Francisco Giner de los Ríos definía el poema “El desterrado” como “la divisa de todos nosotros, la cifra de nuestro ser desterrado” (1948: 4). También la exquisita sensibilidad lectora de Angelina Muñiz-Huberman ha entendido la poesía final de Díez-Canedo como ejercicio de esa poética propia que, a su juicio, genera todo exilio, y particularmente a *El desterrado* como un libro en el que, además de darse explicación al sentido de la existencia que se buscaba en su obra anterior, se ofrece una “verdadera síntesis de la esencia final, tal vez el poema más representativo del significado del exilio español de 1939. Donde el sueño ya no es lo importante, sino el despertar. Donde nada se pierde” (1999-2000: 284; 1999: 139-254). Me interesa en la presente ocasión indagar en algunos de los motivos que pueden justificar estos juicios de Giner de los Ríos y de Muñiz-Huberman siempre y cuando se advierta su acotación a comprensiones muy específicas sobre el exilio. Son lecturas que postulan una comprensión que, sin demérito de las exactas circunstancias históricas y políticas del exilio, lo entienden principalmente de modo ontológico, como una condición existencial universal en la que “la desgracia es indispensable para la realización del ser”. Esta última frase pertenece al ensayo de Jean-Luc Nancy “La existencia exiliada” (1996: 34-39), texto que me parece especialmente apropiado para el tipo de reflexión acerca del exilio que se desprende del poema de Díez-Canedo.

En “La existencia exiliada”, Nancy reflexiona sobre las transformaciones que, en una contemporaneidad como la nuestra asolada por toda clase de exilios, pueda tener el topos de la tradición occidental según el cual, la existencia es un exilio. En la línea de lo que describe Claudio Guillen en *El sol de los desterrados* (1995), un acercamiento comparatista a la tradición literaria sobre el exilio que traza la polaridad entre las vivencias ovidiana (“literatura de exilio” de carácter confesional y desarraigada) y plutarquiana (“literatura de contra-exilio” que parte de la contemplación de la nueva realidad exiliada para proyectarse en universales positivos), Jean-Luc Nancy señala desde la filosofía la existencia de una paradoja similar: “Por un lado, nuestra tradición nos representa esta salida fuera de lo propio como una desgracia y, aún más, como la desgracia por excelencia, como aquello en lo que pueden resumirse todas las desgracias;

por otro, nos representa este exilio como una posibilidad positiva, la más positiva incluso, del ser o la existencia: caída o partida, alejamiento o alienación, la desgracia es indispensable para la realización del ser” (1996: 36). Se instituiría así, prosigue Nancy, una dialéctica del exilio, en la acepción hegeliana más básica, en la que “El exilio es un pasaje por lo negativo o el acto mismo de la negatividad, comprendida ésta como el motor, el recurso a una mediación que garantiza que la expropiación termine reconvirtiéndose en una reapropiación” (36). En suma, frente a la idea del exilio como desapropiación, afirma Nancy (casi como un eco involuntario de lo expresado por Muñiz Huberman), “el asilo es el exilio como propio: el asilo de la hospitalidad” (38)<sup>1</sup>. Si para Edward Said “el exilio es algo curiosamente cautivador sobre lo que pensar, pero terrible de experimentar. Es la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza” (2001: 179), en Díez-Canedo se daría finalmente una vivencia de estos términos trágicos en términos ascendentes y positivos; casi como perfecta ejemplificación de lo indicado por Guillén en su estudio cuando considera que las dos respuestas básicas ante el exilio no son una contraposición sino una polaridad que se articula frecuentemente de modo simultáneo, pues el exilio puede “provocar lo mismo un proceso de universalización que una crisis en el eje social de la persona” (1995:14). De este modo, al desamparo inicial seguiría una toma de conciencia del supuesto universalismo del exilio como condición existencial humana desde la cual operar una integración plena del ser en el mundo.

Quisiera, a partir de este marco de reflexión general, plantear un análisis de *El desterrado* de Enrique Díez-Canedo (Ciudad de México, 1940), el libro más logrado de su autor y uno de los poemas (pues lo entiendo como una única y larga composición) más relevantes de la poesía del exilio republicano de 1939. Compuesto por cinco poemas orgánicamente distribuidos (“Capacidad de olvido”, “La palabra”, “Línea recta”, “Certidumbre” y “El desterrado”), los cuatro primeros fueron publicados en enero de 1938 en el número XIII de *Hora de España* (Díez-Canedo 1938: 30-37). En este punto, cabe recordar que Díez-Canedo inicia su exilio mexicano el 13 de octubre de 1938, adonde llegaría para integrarse en La Casa de España en México impulsada por Daniel Cosío Villegas. En este sentido, *El desterrado* responde a circunstancias

---

<sup>1</sup> En términos similares, Muñiz Hubermann describe este sentido cuando propone, desde la perspectiva filosófica de Zambrano, la “ruina positiva” como una clave interpretativa del poemario de Díez-Canedo (1999-2000: 285). Las ideas sobre el exilio de Zambrano y Nancy han sido frecuentemente asociadas (Bundgård, 2007).

compositivas que encontramos en otros poetas que en el exilio recuperan o prolongan, en todo o en parte, proyectos iniciados en plena Guerra Civil (León Felipe, Alberti, Cernuda, Varela, Giner de los Ríos...). En cualquier caso, al agrupar los poemas de *Hora de España* en esta *plaque* cuyo título global se toma del quinto y último poema, Díez-Canedo está proponiendo una resignificación de estas composiciones. Es la misma operación que, en el caso de Cernuda, por ejemplo, se da con unas iniciales *Elegías españolas* que concluyen en el excelente *Las nubes*, libro paradigmático de este tipo de procesos y con el que el poemario de Díez-Canedo guarda más de una similitud.

*El desterrado* está habitado a la vez por la idea del éxodo bíblico y el histórico (Duroux, 2008, Muñiz Hubermann, 1999; 1999-2000), pero entre ambos extremos se insertan asimismo otras dimensiones que se ramifican a lo largo de sus cinco secciones. Su obertura, “Capacidad de olvido” (Díez-Canedo, 2001: 409-411), nos sitúa en un plano profundamente metapoético que es, sobre todo, un balance de los territorios explorados por su autor desde que publicase su primer libro, *Versos de las horas*, en 1906<sup>2</sup>. *El desterrado* supone una revisión existencial, sin duda, pero resulta inseparable también de una revisión crítica de las bases simbolistas de su anterior concepción poética. Ambas revisiones son resultado de la irrupción de lo histórico que implica la vivencia de la guerra y del exilio. La primera noción deconstruida es la memoria, implícita en ese olvido que recoge el título. La presentación de esta memoria recurre a códigos e imágenes bien conocidos a poco que nos asomemos a la tradición del simbolismo español y europeo: el estado asociado a la duermevela propio de Bécquer (“No por lo que de pronto / levanta la cabeza / como el que sale de un sueño largo”) (2001: 409); el tratamiento de la domesticidad en la línea de su admirado Francis Jammes (“no por lo que riela / como rayo fugitivo / de luz mañanera / en un vaso de agua / y a la penumbra se proyecta / de una pared dormida aún” (409); o incluso imágenes oníricas del romanticismo más cercano al surrealismo (“no por lo que despunta como tajante aleta / de tiburón que hiende el haz / de la quietud marina, estofa tersa / rasgada por el corte / de una navaja negra...” (49). Todo ello concluye en un yo desasosegado, enfrentado a una nada sin signos ni huellas: “mi dolor va perdido / y en la nada bracea / buscando el eco imperceptible, / la inexistente huella / de lo que fue y murió del todo” (409).

---

<sup>2</sup> Para este punto son de interés algunas de las cuestiones a las que alude Pedro Correa (1999-2000: 49-65).

La memoria se convierte en una enemiga, en una interlocutora a la que se quiere violentar para reconstruir forzosamente el recuerdo que ha “triturado”: “la estrella / que convertiste en nebulosa, / la ciudad que volviste selva” (2001: 409-410). Memoria convertida en una asesina y enterradora de “muertos” que no pueden menos que evocar el paisaje desolado de la Guerra Civil. Es una memoria callada y enemiga: “ahíta y avarienta”, que solo da “residuos, mundos huesos / para que los vistamos / de carne y de seda, / para que nos gocemos / con una limosna mezquina / como si nos abrieras / tesoros de cuentos de hadas, / mina de inagotable veta” (410). Una memoria, por tanto, falsa, cubierta de engañosos oropeles, mítica. Díez-Canedo postula así la falsedad de nuestra capacidad de rememoración porque, aunque la memoria presuntamente pueda conservar lo mejor de lo que se fue, este fue resulta una experiencia inaccesible que no puede volver a darse:

Y es tuyo lo mejor, aquello  
que fue nuestra dicha perfecta  
quizá, y lo fue tanto  
que no supimos que lo era,  
y hoy bastaría  
para llenarnos la existencia  
con aroma inmortal de limpia rosa. (2001: 410)

El idealismo simbolista, que señala claramente esa “rosa”, queda así cuestionado en su capacidad de religación con el mundo, revelando una incapacidad tanto del lenguaje como del propio mecanismo de la memoria. De ahí que, al cierre del poema, esta personificación de la memoria acabe representada en la imagen de una madre/madrasta, como la que usó Cernuda para identificar el conflicto poeta/sociedad respecto al estado-nación en *Las nubes* (1937-1940): “Pero sólo nos dejas / lo que quieres tú, dura madre / que sus besos al hijo regatea” (410-411).

El siguiente poema, “La palabra” (2001: 412-413), objetiva esta reflexión metapoética al hablarnos de cuál es la voluntad de un sujeto de clara estirpe simbolista: “¡Y yo he venido sólo / para decir esa palabra” (412). Era desde su condición de poeta desde donde se había cifrado el sentido de su vida, pero esta capacidad de nominación se le resiste ahora una y otra vez. Como el Bécquer de las *Rimas*, se trata de una palabra de condición sagrada, que retumba y es oída en los sueños, pero que al despertar no acude a los labios despiertos y a la boca seca; que aletea en torno al yo y lo toca para alejarse luego “inasible”. Un idealismo de estirpe platónica donde son borradas las

huellas supuestamente impresas de un lenguaje no dicho, renovando la metáfora clásica que, al menos desde Cicerón, alude a la memoria como una tabla donde se inscriben los mensajes a recordar: “pasando por la pizarra / de mi mente como una esponja / que lo escrito arrasa, / me dejó vacilante, mudo, / y otra vez con el ansia / de unir letras perdidas / de seguir unas curvas borradas” (412-413). Esta radicalización de la inefabilidad conduce a un cuestionamiento de la identidad al quedar desposeído de su supuesta misión, la de ser un poeta que dice el mundo para revelarlo:

y eres tú tan sola, tan clara,  
mi razón de ser, y mi vida  
tras ti corre, vuela, se arrastra,  
por ti delira, por ti jura,  
te implora, te manda,  
porque yo sólo vine  
para proferirte, y ya tardas  
en cederme, y ya de ti dudo,  
ya no sé si eres otra, si eres falsa,  
si he perdido mi ruta,  
si era yo el llamado a decirte,  
palabra. (413)

Frente a las frustradas ansias de seguir las “curvas borradas”, llegamos ahora a la “Línea recta” (2001: 414-415), título del tercer poema, una reflexión existencial que, como en *Espacio* (1941-1954) de Juan Ramón Jiménez (con el que *El desterrado* comparte también muchos elementos) o *Español del éxodo y el llanto* (1939) de León Felipe, desglosará el concepto de destino. Frente a la escritura, parece decirse, está la realidad de esta existencia, descrita, desde la sensibilidad barroca (“La curva no, sus puntos huyen / el uno del otro: lo vivo / no es más que esta recta inflexible, / desde el primer vagido / frente a la luz del mundo abierto, / hasta el postrer suspiro”) (414), como una “recta inflexible” pero fascinante en la seguridad y limpidez de su “trazo”. Lejos de dejarse llevar por la melancolía de los sueños no cumplidos y las cobardías y concesiones del pasado, lo más importante aquí es la conciencia implacable y autocrítica de estar ante una construcción falsa, interesada y artificiosa, como “los juguetes de un niño” que cierran el poema y que nos remiten a los “cuentos de hadas” con los que se identificaban las trampas de la memoria en “Capacidad de olvido”. Lo decisivo es haber adquirido conciencia de que aquello que pudo ser, es engaño, porque solo es lo que fue, sin más: “¡Lo que pudo ser! ¿Y qué pudo / ser sino esto mismo?” (2001: 415).

“Certidumbre” (2001: 416), el penúltimo poema, hace frente a este progresivo ritual, casi ascético, de desposesión no ya de bienes materiales, sino de los recuerdos y del lenguaje, de su supuesta función en el mundo como poeta. La sucesión de preguntas encadenadas gira alrededor del lenguaje, del hallazgo de esa palabra ansiada, de la identidad, de la anamnesis como fórmula de conocimiento: “¿Eres cuerpo real o apenas sombra? / ¿Proyección de mí mismo? ¿Repentina / percepción de la nada o voz secreta [?]” (416). El cierre del poema emplaza a una cita futura con esta palabra, en un tiempo (“¿Qué reloj en el tiempo te señala?”) y espacio (“¿Qué lugar te concreta en el espacio?”) aún indeterminados, pero en los que se confirmará su “certidumbre: “el momento en que una sola / verdad anhelo y meta al cabo formen” (416). La materialización de esta cita será “El desterrado”, la última composición.

Como recordaba Esperanza López Parada en su reflexión acerca de los “textos nómadas”, la afirmación de Adorno en *Minima Moralia* de que “En el exilio la única casa es la escritura” se ha convertido, cuando menos, en algo cuestionable en nuestro momento actual (2004: 376-389). Díez-Canedo, cuya labor profesional y como crítico hizo de él uno de los mayores conocedores españoles del ámbito hispanoamericano, se había movido en un marco filosófico dominado por el “binomio ‘lengua-patria’” fijado por el romanticismo; un binomio que le permitía a su vez entender al poeta como “depositario del espíritu del país [...] de su Volk, de su singularidad” (López Parada, 2004: 376). Pero este estatuto varía radicalmente cuando las formas modernas del nomadismo, con el exilio como manera privilegiada, se expanden en la contemporaneidad. Entiendo en este sentido que *El desterrado* propicia una reflexión acerca de los valores del lenguaje que va más allá de la consabida insuficiencia del lenguaje para trasladar la experiencia sensible del mundo que plantean las poéticas simbolistas y posimbolistas. Sin negar esta dimensión, tal y como se ha observado en poemas como “La palabra”, se acaba produciendo un cuestionamiento radical de la posibilidad de la escritura como valor refugio. Este cuestionamiento, de modo implícito y aunque no sea el eje de su reflexión, se traslada a la construcción de la identidad que se sustenta en la idea de lo nacional ligada a la lengua, que es la idea que la vivencia del exilio problematiza. Un exilio que, no obstante, posibilita también la emergencia de un estatuto comunitario (a la vez histórico y atemporal) que se hará visible al cierre del libro.

Entiendo así *El desterrado* como un texto que subvierte o que permite alcanzar la lúcida constatación de las limitaciones inherentes de aquellos elementos con los que

habitualmente construimos nuestra identidad: cultura, propiedad, nación, familia. Elementos que se ponen en cuestión cuando el lugar que se habita es el del exilio. No porque se plantee una mistificación de la desapropiación o porque se niegue la dureza de la desposesión afectiva, material, cultural sensitiva y hasta memorial que implica para el sujeto la vivencia histórica, y por tanto política, de la guerra y el exilio, sino porque tras la desapropiación aguarda una forma distinta de conocimiento.

“El desterrado” (2001: 417-418), el poema que cierra el libro, plantea un desplazamiento material al cuerpo que es relativamente frecuente en las poéticas del exilio. Poéticas donde el cuerpo se convierte en centro del que dimanen las experiencias de un sujeto muy a menudo volcado en la interioridad como refugio<sup>3</sup>. Este movimiento interior no deriva en su caso hacia el solipsismo (una posibilidad con la que, de hecho, se ha roto en las anteriores secciones) sino hacia una apertura que integra todos los órdenes de la temporalidad (pasado, presente, futuro) desde la condición de un presente marcado por la historia (como remarca el memorable verso “hecho de patria y ausencia”) y que desemboca en una dimensión colectiva:

[...] En este  
sentir tuyo y sólo tuyo,  
nada se pierde:  
lo pasado y lo abolido,  
se halla, vivo y presente,  
se hace materia en tu cuerpo,  
carne en tu carne se vuelve,  
carne de la carne tuya,  
ser del ser que eres,  
uno y todos entre tantos  
que fueron, y son, y vienen,  
hecho de patria y de ausencia,  
tiempo eterno y hora breve,  
de nativa desnudez  
y adquiridos bienes. (417)

---

<sup>3</sup> En su comentario de 1941 a *La rama viva* (1940) de Francisco Giner de los Ríos, escribe Díez-Canedo: “No definiendo aquí la oscuridad de la poesía, sino que señalo cierta oscuridad que, aun la poesía más clara aparentemente, se pega a lo más corpóreo y accesible como la sombra al cuerpo; como la sombra, sin la cual el cuerpo carecería de relieve y haría ladrar los perros, como el fabuloso Peter Schlehmil cuando entregó su sombra al misterioso personaje” (Díez-Canedo, 2010: 124). También en su evaluación de la poesía de Antonio Machado aparecida en la mexicana *Taller* en 1939, que enlazaría con el conceptualismo de *El desterrado*, señala “la transformación de imagen en concepto, que arranca en él de muy antiguo, dando carne y substancia humanas a su poesía, en vez de un añadido ornamental” (103).



En este sentido, me parecen iluminadoras las palabras finales del artículo “Antonio Machado ha muerto” que Díez-Canedo publica en *El Nacional* el 25 de febrero de 1939 al saber del fallecimiento del poeta en tierras francesas:

Machado no dice que cualquier tiempo futuro será mejor, pero pone de manifiesto que la contienda esencial del hombre está en su presente y es para su porvenir [...]. Antonio Machado no quiere aconsejar con esto una ruptura del hombre con su pasado; a lo que apunta es a desvanecer la tiranía del pasado, a desvirtuar su amenaza. Y a plantar al hombre en la vida como lo que realmente es: un antagonista o luchador empeñado en no resucitar lo que está bien muerto sino en defender su vida y en preparar mejor existencia a los suyos, quitándoles todo estorbo supersticioso. Su posición no es distinta de la que ha mantenido el pueblo español en la guerra a la que se vio provocado (2010: 95-96).

Será el cuerpo, precisamente, el que aúne los sentidos finales del poema, cuando se produzca la fusión de la carne del sujeto y la tierra de la nueva geografía mexicana. Así se desprende de unos versos en que la significación histórica de la Conquista imperial española se subvierte en una nueva imagen positiva, y que se articula desde esta reflexión acerca del sujeto exiliado y de su identidad:

Nadie podrá desterrarte  
de estos continentes  
que son carne y tierra tuya:  
don sin trueque,  
conquista sin despojo,  
prenda de vida sin muerte. (418)

En su texto “En memoria de Antonio Zozaya”, publicado en 1943, Díez-Canedo desglosa esta comprensión del exilio histórico vivido:

Esta sagrada tierra de México, sagrada para nosotros los españoles, porque en ella nos ha dado nuevo aliento para continuar nuestra obra, grande o pequeña, va siéndolo cada día más, al paso que los restos de nuestros hombres van cayendo en su seno para dormir su eternidad. Cada hombre de estos que muere nos lega un ejemplo [...]. Nos deja su obra, nos deja una lección de pureza y constancia, de nobleza y rectitud que no debemos, que no podremos olvidar, ni aquí, si aquí nuestro destino quiere que se acabe, como la suya, nuestra vida, ni en España, si quiere la suerte que un día la recuperemos, libre de cárceles y tiranías, como él la soñó, como la soñamos nosotros, como habrá de verse, sin duda en días que columbramos, próximos o remotos, pero siempre lejanos para nuestro anhelo impaciente (2010: 574).

En suma, volviendo a las tesis de Nancy que se mencionaban al inicio, Díez-Canedo, como en otros sentidos realizan algunos poetas exiliados (pienso, por ejemplo, en el espléndido “Peregrino” de *Desolación de la quimera* [1962] de Luis Cernuda), plantea, desde la casi inaugural experiencia histórica del exilio republicano de 1939, un cuestionamiento a la interpretación helénica del exilio fundamentada en el regreso. Aquella que hace de esta experiencia exiliada una entidad transitoria que queda redimida en un retorno reparador de la nostalgia y melancolía vividas. Una interpretación, por tanto, en la que “El exilio –transitorio– no es tenido en cuenta ni tomado en serio por sí mismo”, como explica Nancy (1996: 37).

Contrariamente, la reflexión de Díez-Canedo abre la puerta a pensar el exilio “no como algo que sobreviene a lo propio, ni en relación con lo propio —como un alejamiento con vistas a un regreso o sobre el fondo de un regreso imposible—, sino como la dimensión misma de lo propio” (Nancy, 1996: 37-38). No se trata, que también, de la posibilidad de fundamentar una nueva existencia positiva en el país de acogida, sino de entender el exilio como el asilo de la hospitalidad, como constatación de las posibilidades del yo una vez que el retorno ha mostrado su condición de falsa salida; “fin del exilio y exilio sin fin”, como años más tarde expresaría magistralmente Sánchez Vázquez. Porque no hay después en el exilio, solo presente.

La desposesión material conduce a la plenitud (“Todo lo llevas contigo, / tú, que nada tienes”) de una temporalidad que, con Baudelaire al fondo, es conciliadora de lo fugaz y lo permanente (“tiempo eterno y hora breve”) y que, en un guiño metapoético a su poema “La visita del sol” que abría el poemario de 1907 del mismo título<sup>4</sup>, permite fijar la memoria del pasado en una unidad trascendente y superior. Para Rose Duroux, en este punto “Avec le poème ‘El desterrado’, qui clôt le recueil de même nom, l’épreuve que la voix poématique s’inflige à elle-même efface l’histoire et la mémoire. Un pas définitif est franchi: la voix assume sa propre mort dans la plénitude de la création (‘rien ne se perd: ce qui est passé et aboli est là, vivant’). L’exil n’est qu’un artifice de l’Histoire, alors que le cycle de la mort (‘poussière’) est naturel: une promesse d’éternel retour (‘germe’), tel est le mot de la fin” (Duroux, 2008: 55). De igual modo lo explica Muñoz-Huberman: “Ha descubierto, en carne propia, la historia de todo y de todos. La asume en comunión con la naturaleza y en la aceptación de la

---

<sup>4</sup> Así lo señala acertadamente Elda Pérez Zorrilla en su tesis doctoral *La poesía y la crítica poética de Enrique Díez-Canedo* (1998: 185), pero sin desarrollar las posibilidades que abre la comparativa de ambos poemas.

muerte como la gran reparadora, la verdadera semilla de la continuidad” (1999-2000: 284). En este sentido, las tradicionales parcas tejedoras del destino quedan anuladas en una metáfora solar que, como la del Jiménez de *Espacio* (“dulce como el sol era este amor”), confirma la visión positiva del exilio explicada por Claudio Guillén a partir de Plutarco:

De aquellos imperturbables  
amaneceres  
en que la luz de tu estancia  
se adueñaba tenue  
pintando vidrios y cuadros,  
libros y muebles;  
de aquellos días de afanes  
o placeres,  
de vacilación o estudio,  
de tenso querer, de inerte  
voluntad; de cuantos hilos  
tu vida tejen,  
no hay una urdimbre quebrada  
ni un matiz más débil... (2001: 417-418)<sup>5</sup>

Por eso se niega al final el destierro y por eso la condición de posibilidad futura se desplaza a la experiencia material de lo terráqueo. De lo histórico y contingente se pasa a lo natural y permanente, donde abolidos el exilio (el destierro) y el yo, se será “tierra, polvo, germen”. En cuidada organización estructural y mediante un eco intertextual del célebre soneto gongorino (“En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada”), este germen hace brotar sus frutos en el resto del poema. Sustituye a aquel “mi dolor va perdido / y en la nada bracea” presente en “Capacidad de olvido”, la primera composición (2001: 409); reemplaza la palabra poética amenazada por el vacío del segundo poema “La palabra” (412-413); contradice la perspectiva barroca de la existencia de “Línea recta”, el tercero (414-415); e inclina definitivamente la balanza de la duda planteada en el cuarto, “Certidumbre”, entre la posibilidad de ser “[¿] cuerpo real o apenas sombra? [...] ¿Repentina / percepción de la nada o voz secreta?” (416). Los versos finales concilian así todas las dimensiones y afloran en una de los símbolos máximos de la poesía del exilio republicano de 1939:

---

<sup>5</sup> Cfr “La visita del Sol” de *La visita del Sol* (1907) (Díez-Canedo, 2001: 135-138): “Hoy el Sol ha llamado a mi ventana, / y ha llamado con ímpetu, / como nunca llamó. / [...] / Ha dorado mi mesa de trabajo sencilla / [...] / y ha leído los títulos / de mis libros, y en torno / de mis cuadros un vivo marco de luz ha hecho; / y ha subido a mi lecho / ya ha besado mis ojos de repente / ahuyentando mi sueño, y ha truncado / la gloria de un ensueño comenzado / diluyéndolo en una luz de oro / clamorosa y riente” (*passim*).

Nadie podrá desterrarte;  
tierra fuiste, tierra fértil,  
y serás tierra, y más tierra  
cuando te entierren.  
No desterrado, enterrado  
serás tierra, polvo y germen. (2001: 418).

## BIBLIOGRAFÍA

- Bundgård, Ana. “Exilio y transcendencia”. *Aurora. Papeles del Seminario María Zambrano*, 8 (2007): 83-89.
- Correa, Pedro. “Enrique Díez-Canedo poeta de encrucijadas: análisis de su testamento literario”. *Cauce, Revista de Filología y su Didáctica. Homenaje a Enrique Díez-Canedo Reixa*, 22-23 (1999-2000): 49-65.
- Díez-Canedo, Enrique. “Capacidad de olvido”, “La palabra”, “Línea recta” y “Certidumbre”. *Hora de España*. Barcelona, XIII (1938): 30-37.
- Díez-Canedo, Enrique. *Poesías*. Ed. Andrés Trapiello. Granada: Comares, 2001.
- Díez-Canedo, Enrique. *Desde el exilio. Artículos y reseñas críticas (1939-1944)*. Ed. Marcelino Jiménez León. Sevilla: Renacimiento, 2010.
- Duroux, Rose. “Enrique Díez-Canedo. Un grand critique espagnol”. *Etudes comparées sur la France*, 133 (2008): 46-58.
- Giner de los Ríos, Francisco. “La poesía española del destierro en América”. *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles*, París, 38-39 (enero-febrero de 1948): 1-5: 1-5.
- Guillén, Claudio. *El sol de los desterrados: literatura y exilio*. Barcelona: Quaderns Crema, 1995. Reproducido en Claudio Guillén. *Múltiples moradas. Ensayo de Literatura Comparada*. Barcelona: Tusquets, 1998: 29-97.
- López Parada, Esperanza, “Los textos nómadas y la migración de las lenguas”. En: *Migración y literatura en el mundo hispánico*. Ed. Irene Andrés Suárez. Madrid: Verbum, 2004: 376-389.
- Muñiz-Huberman, Angelina. “Enrique Díez-Canedo entre la crítica y la poesía”. *Cauce, Revista de Filología y su Didáctica. Homenaje a Enrique Díez-Canedo Reixa*, 22-23 (1999-2000): 271-285
- Muñiz-Huberman, Angelina. “Enrique Díez-Canedo, El americano de España”. *El canto del peregrino. Hacia una poética del exilio*. Sant Cugat del Vallés (Barcelona): GEXEL-UAB/UNAM, 1999: 139-154.

- Nancy, Jean-Luc. “La existencia exiliada”. Trad. de J. G. López Guix. *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la cultura*, 26-27 (1996): pp. 34-39.
- Pérez Zorrilla, Elda. *La poesía y la crítica poética de Enrique Díez-Canedo*. Tesis. Universidad Complutense de Madrid, 1998.
- Said, Edward W. *Reflexiones sobre el exilio*. Barcelona: Debate, 2001.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. “Fin del exilio y exilio sin fin”. Recuerdos y reflexiones del exilio. Ed. Manuel Aznar Soler. Sant Cugat del Vallés (Barcelona): GEXEL-Cop d’Idees, 1997: 45-47.